

La libertad interioriza lo exterior (o sea que produce los límites del proyecto) y exterioriza lo interior (o sea que realiza el proyecto). Pero el objeto que busca el proyecto es inencontrable. Lo que busca, en concreto, es la búsqueda misma: busca buscar y lo buscado, nunca busca encontrar. Gide, un maestro de Sartre, decía que el hombre que se busca a sí mismo corre el tremendo riesgo de encontrarse. Para Sartre acaece algo parecido: si el hombre encuentra lo que busca, es porque no ha producido el objeto buscado, sino que éste le ha sido dado (por Dios, naturalmente). No es ya hombre, sino marioneta de la divinidad.

El proyecto sirve, además, para inventar la realidad de lo real, pues éste cambia al ser visto desde el porvenir, al convertirse en camino que lleva a la meta, medio que lleva al fin.

Para el existencialismo, el proyecto no puede ser universal, pues cae en la abstracción, ni ser proyecto de ser, por las mismas razones. Es siempre proyecto en una situación concreta que intenta modificar: proyecto de acción.

Lo existente aparece, así, bajo la forma de un constante proyecto que no se realiza, que fracasa, y que debe ser reemplazado por nuevos fines, medios y proyectos. En esta no realización, el mundo va cambiando y los proyectos actúan sobre situaciones cada vez diferentes. Querer ser es cuestionar perpetuamente al ser bajo el modo del no ser, del tener que ser lo que no es. La reflexión, por fin, también es proyecto, proyecto de asumir el proyecto concreto.

Con estas elaboraciones se puede abordar otro elemento esencial a la reflexión existencialista: la *situación*. Es un elemento que, por vía del yo, liga al existencialismo con el mundo del psicoanálisis.

El ser existencial es siempre un ser en situación y que se cuestiona para ser. En realidad, no es, sino que existe porque tiene que ser (lo que no es, claro). En cuanto a lo situacional de su ser, no se trata de una situación puramente dada, una situación *natural* aportada por condiciones exteriores, sean ellas de índole «natural» o histórica (clima, raza, clase social, época, etc.). La situación sartreana es siempre producto de la acción y del proyecto que la definen, lo mismo en cuanto a las «necesidades» del hombre, que no son nunca el mero reflejo de la contingencia externa y anterior. El yo y el no-yo se tocan e interpenetran, lo subjetivo se objetiviza y lo objetivo se subjetiviza, la identidad del sujeto se encuentra en lo hecho y se exterioriza, coincidiendo con ese modelo de identificación exterior que el psicoanálisis entiende como *yo*.

La relación que tengo con mi obra no es el apacible conocimiento de mi reflejo o de mi potencialidad como realidad efectiva. Es una relación sorda y contradictoria de posesión y de maleficio, de apropiación y de alienación (pág. 133).

Entonces, no hay un yo como el del individualismo (tentación que constantemente cerca a Sartre), un yo originario que funda la identidad y da unidad a los dispersos eventos de una biografía en situación. Ese yo es la obra, exterioridad frecuentemente oscura y de fronteras movibles e imprecisas. A posteriori, aparece el yo trascendental (Kant otra vez), que es una unidad reflexiva y pasiva sobre el conjunto de actividades operatorias. Estas son daciones, dones, entregas a ese campo objetivo de identidad

qué es el yo. El ser es generoso, aun cuando es egoísta, pues el egoísmo es una generosidad que ha tomado un camino equivocado. A su vez, cuando el don se institucionaliza, cuando lo consagran unos códigos morales o religiosos, deviene *caridad*. Entonces no se da teniendo en cuenta al otro, sino para cumplir con la ley, de modo inauténtico. El yo prevalece como deber ser sin contenido y obedece a una ley, en lugar de ejercer la propia libertad mediatizada en el mundo y teniendo en cuenta la libertad del otro. La libertad moral es, por fin, como antes se dijo, negatividad creadora, que niega doblemente, al negar la negatividad pasiva y resistente, opaca e inerte del mundo y convertirlo en medio para conectar con otras libertades que están, también, en medio del mundo.

Cuando predominan estas estructuras legales objetivas, el reino del ser se desvanece y se instaura el reino del *derecho* que, a su vez, desaparece cuando la repetición mecánica de la norma da lugar al reino de la *costumbre*.

Es el bien no problemático, el ser que no quiere ser otra cosa, los valores que no valen para nadie.

El derecho no existe en una sociedad armoniosa e igualitaria (la Ciudad de los Fines) donde las relaciones humanas no están mediatizadas por códigos. El derecho consagra siempre el dominio de los fuertes sobre los débiles, los opresores sobre los oprimidos y, por ello, está en constante estado de entredicho desde la óptica de la justicia. Es derecho injusto. La ley da término al combate con las palabras del vencedor que se transforman, sacralizadas, en normativa para los derrotados. Su estructura está viciada por la existencia de siervos y esclavos, o sea por los sujetos cuya subjetividad está tachada por los dominadores, que los tratan como objetos.

En este espacio se instala una de las mayores preocupaciones temáticas concretas de Sartre como ensayista y escritor político: la relación amo-esclavo. El, aunque dotado del poder cultural del mandarinato, siempre se ha esforzado por pensar desde la perspectiva del oprimido (obrero, negro, judío, mujer, homosexual, colonizado, etc.). La base de esta relación asimétrica es que el amo es esencial ante la inesencialidad del esclavo.

El esclavo es quien ha preferido su vida —o sea su ser-en-medio-del-mundo— a su libertad; el amo prefiere la libertad a la vida y lo ha probado. Así el amo domina la vida y el esclavo es dominado por la vida (pág. 272).

Pero, a su vez, la opresión (Hegel dixit) es un momento en la dialéctica de la libertad, que es su conciencia negativa, o sea que hace falta la opresión para que la libertad se realice. La libertad existe objetivamente, luego es conciencia de esta existencia, más tarde es conciencia de la libertad de los otros, pero en tanto tendencia a superar una situación supone cierta pasividad y ella es la opresión. Oprimido es aquel a quien el deseo del otro considera objeto, borrando su esencia de sujeto y manteniendo la propia. Si te oprimo, soy esencial y sujeto, en tanto te defino como objeto y como inessential.

El opresor no reconoce en el otro a su semejante y lo alteriza completamente. La mirada del opresor no tiene correspondencia en la mirada del oprimido, que es su reflejo mecánico. El opresor se reconoce como alienado en ese vínculo de opresión.

que anula la mirada del otro, la neutralización que se provocan las miradas de los iguales como dadoras del ser al otro. El oprimido, castrado de su mirada, no da su ser al opresor, y él pierde, como tal, su situación de libertad reconocida por la libertad del otro. En la base de la opresión ve Sartre una cierta alienación original y mítica, que la funda y queda al desnudo cuando el opresor advierte la asimetría del vínculo que lo aliena al eliminarlo de la relación entre pares de la libertad.

La libertad, como negatividad productiva, aniquila su pasado y su circunstancia mundana para proyectarse al futuro, pretendiendo ser y prometiéndose ser. La libertad desea lo que no tiene en acto, es esa espontaneidad creadora del deseo ante la cual la actualidad del mundo ofrece su resistencia opaca. Frente a ésta, el deseo construye una actualidad fantasmática, lo que da al acto de desear el aspecto y el efecto de un acto mágico.

Pero el deseo también mitifica, porque el sujeto advierte que es deseado por él, que es el otro y ese otro es el verdadero sujeto, como si la naturaleza fuera la deseante y mediatizara su deseo en los sujetos concretos. Como alteridad y objetividad superior a las subjetividades peculiares, el deseo es alienante y el sujeto intenta desembarazarse de él por el único medio posible: realizándolo, entregando a su apetencia el alimento del objeto deseado.

En otro sentido, el deseo es libertad en tanto moviliza al sujeto contra la opacidad del mundo desde la opacidad sin causa de la naturaleza. El deseo carece de porqués y es el sujeto quien debe descifrar su sentido en su moción. Al moverse, el deseo moviliza y produce signos, que permiten al sujeto inscribir sentidos y configurar su libertad. Ya sabemos que, dialécticamente, la libertad se cautiva en su elección, pues ésta es determinación y encierra dentro de sus límites a quien elige. Al escoger, el mundo se convierte en destino y somete a la libertad, que debe repetir, incansablemente, el juego de la negatividad deseante y productora, alienante y libertadora. En la opacidad del mundo, el deseo construye unas oscuras murallas (oscuras pero definidas) que son el obstáculo dialéctico para la libertad. Hay también el deseo de libertad, es decir de liberarse del objeto deseado, lo cual permite al deseo conservar su disponibilidad y asegurar la continuidad de la vida como esa dialéctica entre opresión y libertad.

En un primer momento, el deseo privilegia el objeto y quita esencia al sujeto. En un segundo momento, cuando el objeto deseado es alcanzado y dominado, desaparece como objeto del deseo y el sujeto recupera su esencia, que le permite seguir deseando. Al perder su esencia ante el objeto, el sujeto se aliena por predominio de lo otro: es un *El* antes que un *Yo*, por lo que sabemos hace tiempo siguiendo a Rimbaud (*Je est un Autre*) y a Hegel que, por su dialéctica del reconocimiento, concluye que ser es ser reconocido y que el ser nos viene de los otros.

Sartre halla legítimo al deseo, en contra de las filosofías morales que intentan la vigencia de los valores como unos moldes donde los impulsos deben ser metidos para convertirse en actos éticamente aceptables. El deseo es, para Sartre, la transcendencia misma, pero no como aspiración a un mundo transcendente (transcendencia abstracta) sino como lo trascendente concreto, aquello que empuja al sujeto a superar la situación. Es una suerte de catarsis, de proyección, de toda la realidad humana.